

PARTE CUARTA.

CAPRICHOS DEL GENIO.

CAPÍTULO XI.

I. — Consideraciones. — II. *Un sol que nace y un sol que muere.* — III. *Íris de paz.* —
IV. *El Gladiador de Rávena.* — V. *Para tal culpa tal pena.*

I.

CONSIDERACIONES.

En medio de la profunda atención que *Echegaray* dedicaba á su inmortal dramaturgia, necesitaba por mero entretenimiento descansar de obras tan trabajosas, escribiendo esos caprichos del genio que, ajenos completamente á los grandes ideales, y basados en episodios, frases y comparaciones que brotan de los actos más sencillos de la vida, vinieran á endulzar las amarguras de ciertos momentos y á recrear el ingenio, sirviéndole de descanso cuando más terriblemente le atenacearan las difíciles concepciones y desarrollos de aquellos inspiradísimos dramas que ya hemos examinado.

Echegaray obraba como han obrado todos los gran-

des talentos dramáticos. El mismo Tamayo y Baus, sin ascender á otros de más grande antigüedad, aunque no sé si de mayor mérito, que el de éste es inmenso, escribió donosísimamente *Huyendo del perejil*, pieccecita que, dado el carácter shakspiriano de su dramática, debe considerarse como un desahogo inspirado del autor.

Y no se vaya á creer, sin embargo, que carecen de mérito é importancia estos entretenimientos de *Echegaray*; la tienen, y no escasa. A veces son una lección evidente y completa de buen juicio, de experiencia social, que no debe despreciarse, y que es bueno estudiar, y con aprovechamiento, los que en los personajes de estas obras se conozcan retratados. Otras son bocetos de grandes cuadros que, por amontonarse en su fecunda inteligencia tantos pensamientos, han tenido que quedarse, los que constituyen las obras de esta parte tercera, á medio desarrollar ó desarrollados pobrementemente. Pero siempre, unas y otras veces, son estas obras, dramáticas ó cómicas, idilios ó elegías, interesantes, conmovedoras, poéticas, é inspiradas de tal modo, que impresionan vivamente al público, causando en su alma emociones que prueban el acierto de *Echegaray* para tocar las fibras más delicadas del corazón humano.

II.

UN SOL QUE NACE Y UN SOL QUE MUERE.

Esta comedia es un capricho de su autor; un entretenimiento, por decirlo así; un rasgo de la inspiración

que se desborda, no hallando cabida en otro lugar; un desahogo, un momento de descanso y expansión muy propio de su carácter activo é inquieto.

Un sol que nace y un sol que muere es un idilio, un poemita lindo y encantador, cuyos personajes están tomados del natural, siendo fácil reconocerlos con sólo tender la vista en el círculo de nuestras habituales relaciones. ¿Quién no conoce á D. Blas? ¿Quién no ha tratado á Narcisa é Isabel, ó no ha tenido un amigo ó compañero como Enrique?

El argumento de esta comedia si peca de algo, es de sencillo. Está reducido á un padre positivista, en el sentido de que no vive de ilusiones, y se complace en destruir las de los demás; dos hijas de edad diferente é inclinaciones distintas; y un galán que no sabe lo que quiere ni á quién quiere; que cree estar enamorado de la hija mayor, al extremo de no vacilar en llevarla á los altares. El padre, D. Blas, conoce los amores de su hija y de Enrique, pero no augura bien de ellos, y así lo dice á su hija Narcisa, cuya edad conoce, y á la que cree fuera de combate para las lides amorosas. Narcisa se irrita y afecta no creer las palabras de su padre, creyendo hallar en las atenciones y obsequios de que es objeto, por parte del que ama, una prueba de que, á su vez, es amada, y de que las observaciones de su padre son inspiradas por su misántropo positivismo. No falta una criada adúladora y pizpirueta, cuyas lisonjas la mantienen en su ilusión, y en cuyas indiscreciones finge no reparar.

Narcisa, que pasa ya de los *treinta*, y que no se persuade de que ha perdido la frescura ni la viveza de la juventud, consulta con su espejo, cuya fidelidad en nada amengua su conviccion de ser todavía capaz de inspirar una pasion amorosa. Pero cuando en su locuaz regocijo pregunta á la brillante superficie:

dime lo que es juventud,

aparece en ella, junto al suyo, el rostro radiante de vida y de belleza de su hermana Isabel, produciendo una situacion bellísima, por el desengaño que la comparacion lleva á su alma, y que es la respuesta más elocuente á su jactanciosa pregunta.

Las dos hermanas, á quienes une inmenso é inalterable cariño, charlan y gorjean como dos pajaritos acerca de su cariño, de las escenas de su infancia que recuerdan con placer y entusiasmo, de sus juegos, de sus aficiones y de otras cosas, que hacen de esta escena una de las más encantadoras de la obra. Isabel enseña á su hermana su álbum, en cuyas primeras hojas hay un precioso paisaje, hecho con amor y con arte, así lo dice Narcisa; y su admiracion y su sorpresa crecen cuando en la hoja siguiente, y en la otra, y en no sabemos cuántas más, contempla la misma pintura, con los mismos detalles, repeticion é insistencia que le hace sospechar, con fundamento, mejor dicho, adivinar, que aquello encierra un misterio, y un misterio de amor. Amor que Isabel ingénua y cándidamente le confiesa, aunque despacito y con trabajo, refiriéndole la historia

del mismo, novelesca en sumo grado y llena de poesía.

Don Blas no desperdicia ocasion de recordar á su hija primogénita lo maduro de su edad, áun en el acto de hacerla un obsequio por ser el dia de su santo, proponiéndola probar la firmeza y sinceridad del cariño de su galan presentándole á su hermana, para ver si midiendo la diferencia que entre ámbas existe, olvida su amor primero ó permanece invariable, cuya proposicion ella admite de buen grado, en cuyo momento anuncian á Enrique, y Narcisa deja solo á su padre, á fin de que pueda intentar la para ella terrible prueba.

En la escena que D. Blas tiene con Enrique, aquél trata por todos los medios de desilusionar á éste, haciéndole indicaciones sobre la edad de Narcisa, que el otro escuchaba con indignacion, protestando á cada paso y manifestando sus dudas respecto de que la hermosura de Narcisa sea problemática y próxima á caducar, y cortando con placer esta escena, para manifestar á Narcisa, que llega, lo profundo y ardiente de su pasion. Ésta, prevenida por las sabias exhortaciones de su padre, se muestra recelosa é incrédula, tratando de sondear el corazon de su amante, á quien engaña respecto de su edad, y empleando como recurso supremo, para salir una vez de penas, el medio siguiente: Al referirla Enrique la historia del principio de sus amores, de la que creía ser ella el objeto, la describe una aparicion que tuvo en la vega de Granada, contándola una historia, que no es otra que la que en parecidos términos

y con idénticos detalles la refirió momentos ántes su hermana Isabel; de modo, que al decir Enrique:

De la tierra se sentia
el ancho seno latir
amorosa, al recibir
el primer beso del día,

ella continúa, repitiendo las palabras de su hermana:

Giraba alegre la rueda
de algun próximo molino,
y sombra daba al camino
la secular alameda;

Enrique prorumpe:

¿Cómo sabe usted, Narcisa?...

cuyas palabras hielan á la affigida jóven, que comprende por ellas quién es á la que ama Enrique, sufriendo con resignacion, pero no sin amargura, la herida que el desengaño ha abierto en su alma.

Don Blas, fijo en su idea de probar el amor del jóven y evitar á su hija mayor un desengaño tardío, presenta Isabel á Enrique; los dos jóvenes se reconocen; su turbacion revela el amor que embarga sus almas, y el padre, adivinando el despecho de Narcisa, la dice cariñosamente y señalando el grupo de Enrique é Isabel:

*Ella es sol que está en Oriente;
tú eres sol que está en ocaso.*

Por último, á pesar de la irritacion de Narcisa, y con gran gusto de D. Blas y de los amantes, Enrique é Isabel se entienden, conocen que se aman; Narcisa agradece á su padre el haberla abierto á tiempo los ojos, y comprende el abismo adonde estaba asomada al escuchar á éste que dice:

¿Cuál porvenir para tu Enrique brilla
si á tiempo no te deja?
(Acercándose á Narcisa y en voz baja, pero enérgica.)
Escuchar con carmin en la mejilla:
« es el pobre marido de una vieja. »
Ludibrio ser de gente bulliciosa
que reiria á mansalva
¡del pobre mártir!... de la tierna esposa!...
de tu *pasion fogosa*
y de... ¡tu frente calva!

Termina la comedia con una escena entre Narcisa y Enrique, en que éste la pide perdon al verla llorar; ella se disculpa, y refiriéndose á su hermana, dice:

Su hermosura... no me hiere:
¡es mi hermana!... me complace...
Ella al fin... es *sol que nace!*
y yo soy...

ENRIQUE. (Con galantería.) ¡Un sol!...

NARCISA. *¡Que muere!*

Pocas palabras bastarán despues de esto para dar á conocer lo que es esta comedia; una accion fácil y sencilla, sin tropiezos ni episodios que la desvien de su

curso natural; caractéres ligeramente pintados, de poca consistencia; admirable lenguaje, lleno de flores, poesía y delicadeza; efectos, el del espejo por original, y pensamientos asaz profundos y verdaderamente filosóficos. Defectos de poca monta son el carácter de Enrique, contrario á lo que comunmente sucede, pues sabida es la tendencia de los jóvenes tiernos á amar á las mujeres *ajamonadas* y viceversa, y el D. Blas padre exageradamente positivista y despiadado; defectos que en nada deprimen, que en nada rebajan el mérito de esta produccion tan ligera y agradable y llena de un perfume delicadísimo.

III.

IRIS DE PAZ.

De idilio conyugal ha calificado alguno esta comedia, y no hallamos otra calificacion que mejor le cuadre; es verdaderamente un idilio, con toda la sencillez de este género, con todo su delicado sabor y suavísimo perfume, y trocamos de propósito los términos porque al leerla parece que primero se gusta y despues se aspira la esencia que de ella emana. Es un juguete ligero, jocosero, dulce y sentimental, sin pretensiones, ni trascendencia notable, desprovisto de escenas de efecto y situaciones dramáticas, de fin moral y de episodios conmovedores é interesantes.

Hé aquí su argumento. Jorge y María son dos jóve-

nes recién casados, cuya luna de miel brilla todavía en su cénit, solamente oscurecida por ligeras y ténues nubecillas que tan pronto aparecen como se van, y que no son sino motivo para que cada vez luzca con nuevo esplendor, que nada hay más grato que esas reconciliaciones en que toda la gloria es del vencido y toda la satisfaccion del que primero se humilla, y en que se lucha á quien muestre más generosidad y grandeza de alma.

Jorge ama á su mujer; pero esto no le impide sostener una intriguilla y acaso más—que esto está muy en la condicion de algunos hombres—que oculta cuidadosamente á su esposa; ésta, que le adora, nada sospecha; sólo, sí, cree observar en su dueño ciertos síntomas de fastidio y aburrimiento que él no se cuida de disimular. Creyéndola dormida, porque ella lo finge para provocarle á un arrebato de ternura de que sin duda en otras ocasiones ha tenido la prueba, es sorprendido leyendo una carta de cierta Adela, en que le cita para una reunion aquella misma noche. María tiene verdadero empeño en saber lo que aquella carta dice y de quién es; va á abrazar á Jorge y le sorprende, ella le pide que la abrace, él lo verifica, pero con una mano, porque en la otra tiene la carta que oculta á su esposa, ésta le hace abrazarle con la otra mano, y se repite el juego de la carta que pasa á la que queda libre; nueva súplica de la jóven para que emplee los dos brazos, y nuevos apuros del marido para lograr su propósito. Al fin la dice que es una de las cartas que ella le escribia (recurso

ya empleado en *El libro talonario*) en la época en que eran novios; ella no lo cree, pero aparenta creerlo, proponiéndose averiguar la verdad en mejor ocasión. Al ir á colocar la carta en cuestión en el cofrecillo donde las otras están, deja ver *descuidadamente* con cuidado unos retratos, que María quiere igualmente ver. Jorge los oculta, afectando misterio; María insiste con enojo, y él entónces con aire de triunfo y de inocencia perseguida se los muestra, viendo ella que son suyos. Pero comprende al punto la jugada y no se deja engañar, remitiendo á otro momento la satisfacción de sus dudas respecto de la carta. Pone el cofrecillo en el cajón de la mesa donde estaba y finge echar la llave, que entrega á Jorge. Este queda tranquilo y persuadido de que ha logrado engañar á su mujer y calmar sus dudas, y para remachar el clavo, diciendo vulgarmente, la habla de recuerdos de la niñez; cuando niños aún, se amaban y acariciaban esperanzas que despues se realizaron. Pero entre tanto el tiempo pasa y á Jorge le esperan en otra parte; él afecta serle indiferente, aunque dando á entender que debería ir; ella le aconseja no faltar porque espera en su ausencia leer la carta codiciada. Por último, Jorge aparentando ceder á las instancias de su esposa se decide á marchar, y entra en su cuarto á vestirse, momento que María aprovecha para leer el billete cuya lectura la llena de angustia y tristeza al comprender que revela un devaneo amoroso de su marido.

Este se dispone á salir y observa á su mujer que lee; la pregunta qué libro es aquél, y ella dice que es el

almanaque en el que busca no el anuncio del tiempo, sino un nombre bonito, haciendo comprender á Jorge de una manera delicada y poética, con reticencias pudorosas, que va á ser padre, á cuya noticia Jorge lo olvida todo ménos á su esposa, á la que va á ser madre de su hijo, y éste, sin existir aún, es medio de reconciliación de los dos esposos, el que calma todas las dudas, el *Iris de paz* venturoso y anhelado.

Un argumento tan sencillo ha dado ocasión á *Echegaray* para desahogar su abundante vena poética de una manera admirable; prescindiendo de la belleza y encanto del conjunto, detalles hay que son todo un poema, composiciones sueltas que teniendo en el libro su lugar propio, nada perderían arrancadas y saboreadas independientemente de la comedia: tales son las que María dice á la mitad de la primera escena y hácia el final de la misma, y la plegaria de la escena segunda, que son modelo de dulzura, de sentimiento, de poética suavidad. Saltan á cada paso las bellezas y como en un bello y artístico ramillete, las flores más hermosas encantan con sus matices y con sus aromas.

Sólo un defecto hallamos en esta obra: creemos que no es natural ni lógico que María se determine á registrar el cofrecillo, para leer la carta que le atormenta, miéntras su esposo se viste; dada su ansiedad y el temor de ser sorprendida, debía aguardar á que Jorge saliese para lograr su deseo tranquilamente; pero entónces la obra tomaría otras proporciones, el autor tendría que violentar la acción y... no debíamos haber notado este

defecto, que en realidad no lo es, pues acabamos sin pensarlo de verlo plena y satisfactoriamente justificado.

En descargo de nuestra inadvertencia enmudecemos, sin añadir una palabra más sobre este poemita tan lucido, tan dulce, tan encantador, que podía muy bien titularse *Nubes de verano* como se titula *Iris de paz*.

IV.

EL GLADIADOR DE RÁVENA.

Un compromiso ineludible, de esos en que el deseo de complacer es superior á todo género de obstáculos, puso la pluma en la mano de *Echegaray* para escribir una obra trágica, dedicada y destinada á la eminente y muy querida trágica señora Civili. La dificultad de cumplir aquel compromiso crecía tanto más cuanto que los días eran contados. No quiso, pues, *Echegaray* poner en tortura su privilegiado ingenio para crear una tragedia cuya importancia exigiese meditado desarrollo, y acudió con sin igual acierto á la magnífica tragedia de Federico Halm (su verdadero nombre baron de Münch-Bellinghausen), el gran autor dramático de *El Hijo del Desierto*. Aprovechando *Echegaray* las últimas escenas de aquella tragedia, imitándolas, ya que él lo dice así, aunque no es del todo verdad, porque sólo el pensamiento y los caracteres están tomados de Halm, ha compuesto un cuadro trágico de terrible pero sencillo interés, en que una reina germana, Thusnelda, esclava

en Roma del emperador Calígula, por evitar que su hijo Thumélico salga, como miserable gladiador (que adora al César olvidando su procedencia, pues era hijo del gran Amin, héroe germano), al circo á luchar para divertir á los romanos, le mata y se hiere ella misma con el puñal que ha clavado á su hijo, porque no consigan vengar esta muerte que les priva de su diversion favorita, exclamando al morir:

Del hijo mío en la sangrienta herida
de este hierro fatal manché la hoja,
y al verla por su sangre enrojecida,
mezclarla quise con mi sangre roja.
Unidas estuvieron cuando al mundo
llegó impulsado por contraria suerte,
(Señalando á su hijo.)
y unidas estarán en el profundo,
horrendo abismo de la eterna muerte.

A otro arsenal de incomparables cuadros y de tantas y tantas tragedias en gérmen ha acudido *Echegaray*: á las elocuentísimas lecciones que sobre *Los primeros siglos del cristianismo* pronunció en el Ateneo de Madrid el maravilloso Emilio Castelar, ese orador que ni ha tenido rival, ni es posible que lo tenga en los tiempos venideros, si no se forma otro paganismo, y en esa religion mitológica otro Olimpo, y en ese Olimpo una lengua que lleve en sí todas las bellezas, todas las poesías, todas las grandezas y todas las sublimidades, como sería necesario para escribir algo que alcanzase á esas maravillosas creaciones del gran Emilio Castelar. Imposi-

ble parece escribir sobre las tribus de los bárbaros del Norte sin acudir á esos cuadros llenos de terrible magnificencia. En ellos ha bebido *Echegaray* no sólo pensamientos, sino ese colorido que espanta y con el que tan admirablemente se forma idea de aquellos pueblos, que fueron el terror del Imperio romano, durante tan largo tiempo.

El Gladiador de Rávena de *Echegaray* es una obra sin pretensiones, escrita en tres días, y, acaso por esto mismo, no en todos los momentos con verdadera entonación trágica, sin que esto sea obstáculo para que aseguremos la acertada expresión que ha dado á los arranques de más pasión. Así, cuando Glabron, maestro de gladiadores, está enseñando á Thumélico las posturas que debe adoptar en el momento de la lucha, y le dice:

Y el rostro... cuidado
que en él no aparezca el miedo;

contesta con brioso arranque Thumélico:

¡Cómo aparecer pudiera
aquí (llevando la mano al rostro)
lo que aquí no tengo! (Golpeando el pecho.)

Como situaciones las dos únicas grandes é imponentes son aquellas en que Thusnelda se decide á matar á su hijo, á quien vela mientras duerme tranquilamente y en que su conciencia mantiene lucha horrible que termina:

Ahora también velando estoy, bien mío,
mas oprimo un puñal mientras te velo.
¡Quince años separados, y al hallarte...
yo misma!... ¡Patria, no; patria, no puedo!
¡Perdon, Germania, tienes muchos hijos!
¡Patria, perdon, que sólo un hijo tengo!

y la aparición del gran cortejo que, acompañando á Calígula, se presenta para llevar á Thumélico al circo, en cuyo momento la madre de éste se decide á darle muerte y á matarse ella con el mismo puñal bañado de sangre humeante.

Y no decimos más de *El Gladiador de Rávena*.

V.

PARA TAL CULPA TAL PENA.

¡Nunca hubieras salido, hija desdichada, de la cartera de tu autor tan afortunado en el parto de todas tus demás hermanas! ¡Es empeño decidido el que tienen todos los autores de verdadero mérito en sembrar de nubecillas el espléndido cielo de su gloria, ó es fatalidad que les persigue y á que en manera alguna pueden sustraerse? Decimos esto porque si comprendemos y justificamos el que las primeras obras de los autores dramáticos sean defectuosas, y aún así y todo se representen, de ningún modo disculpamos que estos mismos autores, cuando han llegado al pináculo de la gloria, lancen al teatro sus primeras producciones, que juzga-

ron muy medianas y que no fueron admitidas, cuando carecían del apoyo que las presta un nombre ilustre. *Echegaray* escribió hace muchos años, en 1867, una obra en un acto con el título de *Una mentira piadosa*; después tuvo dos, y la mudó el título por el de *La Hija natural*, siendo presentada en el teatro del Circo; ella fué su segunda obra dramática, que después de recorrer varios teatros y estar expuesta á ser representada por la compañía del Sr. Catalina, volvió á la cartera del autor, de la que ¡ojalá! no hubiera salido para provecho del autor y más tranquilidad nuestra. Nada conocemos de *Echegaray* ménos inspirado, más endeble y de peor gusto que este malhadado drama que no fué bastante á salvar del desprecio público, ni la viva simpatía que su autor inspirara, ni el dominio y fascinación que durante tanto tiempo ha ejercido, cuando en 27 de Abril de 1877 se estrenó, con el título de *Para tal culpa tal pena*, en el teatro Español.

Este drama, lleno de horrores y de efectos de mal género, está reducido á un repugnante D. Juan, tutor de Carlos que está perdidamente enamorado de Elena, la cual le corresponde. Como quiera que D. Juan es enemigo de estos amores, trata de disuadir á su pupilo de que se case con Elena, empleando para ello los medios más bajos y rastreros que ocurrírsele pudieran á autor alguno, hasta el punto de que obligado Carlos á defender á su prometida es muerto en duelo por su tutor D. Juan, después de lo cual descubre que Elena es hija suya y de una infeliz Margarita á quien sedujo

en sus mocedades. En hacer tan intransigente el carácter de D. Juan acaso acierta el autor, pues es muy común el encontrar personas modelos de libertinos, calaveras y corruptores en su juventud, convertidos en la vejez en seres intratables, severísimos é inflexibles con las faltas de los que entonces son jóvenes. A este acierto y á otro más bello, que es el que resulta de la confusión que Elena hace entre el asesinado y su matador, creyendo decir tiernas palabras á Carlos y abrazándole, convirtiéndose en frases de horror, cuando, con la claridad de las luces, descubre que aquel que juzgaba su amante es el asesino, están reducidas todas las bellezas de este drama, del que sólo nos hemos ocupado porque comprenda este libro el estudio completo del teatro de *Echegaray*.